

necesidad de orar por esas continuas aspiraciones ó elevaciones espontáneas del alma, que suben á Dios como el rayo de luz á su foco, y como la llama al cielo. Consagraba un tiempo considerable á la meditación, á la lectura de la vida de los Santos, que era su lectura espiritual favorita, y á la visita del Santísimo Sacramento. Estas no eran visitas rápidas, hechas á la ligera: se le veía largas horas postrado á los pies de Nuestro Señor ante el tabernáculo, en cuya prisión le tenía encadenado su amor. El trabajo no era para él otra cosa que continuar la oración: en él hablaba á Dios ó de Dios; le amaba y hacía que le amasen.



CAPITULO VII

El Asilo de la «Providencia» de Ars.—Sus humildes principios.—Milagros para sostenerle.—Virtudes que en él se practicaban.

HEMOS visto hasta aquí al bienaventurado Vianney emplear el fuego de su ardiente celo en obras de amor de Dios; éste es, en efecto, el primer objeto de la caridad, pero esa caridad jamás está sola: ella produce siempre otra. «El que ama á Dios, ama también á su prójimo.» (I Joan., IV, 21.) La necesidad de amar que sentía nuestro Santo, sólo podía satisfacerse con obras, y esto le preocupaba desde que fué á Ars. Veíase rodeado de miserias sin número; hubiera querido remediarlas todas, ó al menos atender á las más urgentes, y por esto se fijó en la idea cristiana de establecer un Asilo de orfandad: esto equivalía á venir en auxilio de triple necesidad por un solo camino: era acoger y poner á la vez á cubierto de todo peligro á la debilidad de la edad, del sexo y del desamparo.

Esta obra, como todas las de Dios, nació casi insensiblemente. Había tras el coro de la rústica iglesia, y al Oriente de la plaza mayor del pueblo, una casa nueva muy bien construída. «Si este edificio

»fuese mío, decía el caritativo Párroco, haría de él
 »una *Providencia*. Al salir de la iglesia no tendría
 »más que atravesar la plaza para visitar á mi peque-
 »ña familia, explicar allí el Catecismo, y tomar mi
 »alimento. La *Providencia* me daría á mi pan, y yo
 »le daría la palabra de verdad, que es el pan de las
 »almas. Yo recibiría de ella el alimento que hace vi-
 »vir el cuerpo, en cambio del que hace vivir el espí-
 »ritu. ¡Oh cuánto gozaría yo en esa obra!

Esta idea germinó poco á poco en su cabeza; mas
 antes de hacer una petición directa al propietario,
 queriendo, como siempre, consultar al Señor, anunció
 una Novena en honor de la Santísima Virgen. «Ama-
 »tanto María á los pobres, que son los amigos de su
 »Hijo, decía, que vendrá ciertamente en mi auxilio;»
 y para que no pareciese tentaba á Dios pidiéndole
 prodigios, hizo por su parte todo lo que de él dependía.

Los gastos de su continua beneficencia le dejaban
 todos los días sin un céntimo para el siguiente. Gas-
 taba siempre con anticipación todo lo que su ministe-
 rio producía, y lo mismo le sucedía con la pequeña
 pensión que le daba su hermano Francisco, por la
 parte de bienes patrimoniales que llevaba. Ya por
 este tiempo sus módicas rentas no cubrían los gastos,
 y resolvió vender todos sus bienes y destinar el valor
 á la fundación de su *Providencia*. La casa le costó
 veinte mil francos, cuya suma representaba, poco
 más ó menos, el valor de los bienes inmuebles que
 poseía en Dardilly. Sábese por Catalina que cuando
 compró el edificio no tuvo con qué pagar las escri-
 turas.

Mas preciso es reconocer que una obra como la
 que el Párroco de Ars meditaba, no existe ni se ha

realizado cuando sólo se tiene el edificio. ¿A quién
 iba á confiar el gobierno de su nueva fundación? En-
 tre las jóvenes de su parroquia, susceptibles de una
 dirección sólida y bien educada, sólo había dos: Be-
 nita Cardet y Catalina Lassagne, ambas á propósito
 para la ejecución de su plan. Se distinguían entre
 todas por su buen espíritu, su gran sentido práctico y
 su probada virtud. Para completar la educación,
 mandólas por espacio de un año al colegio de las
 Hermanas de Fareino, y poniéndolas luego bajo su
 dirección, y sin ligarlas con votos, procuró formarlas
 en el espíritu de pobreza, obediencia, humildad, sen-
 cillez y absoluto abandono á la Divina Providencia.
 Era el ejercicio de la vida religiosa en su más alto
 grado; pero las que debían ser revestidas interior-
 mente de cuanto hay perfecto en la Religión, no se
 creían dignas de llevar la librea de esposas de Jesu-
 cristo.

Pasado un poco tiempo, ya creyó poder servirse
 de ellas para comenzar su obra. «La una, decía el
 »santo Párroco, será la *cabeza*, y la otra el *corazón*.»
 Nada tan sencillo y tan interesante como estos princi-
 pios, en que la mano de Dios se manifestaba clara-
 mente, pudiendo marchar en pos de ella, trabajando
 con humildad, y sin contar con los recursos de la sa-
 biduría humana. Catalina de Lassagne nos ha hecho
 sobre el particular una narración sencilla, que repro-
 ducimos á la letra para no quitarle su especial sello
 de verdad y sinceridad cristianas.

«Cuando las dos fundadoras se hicieron cargo de
 »la casa de la *Providencia*, no había en ella más pro-
 »visiones que un puchero de manteca y algunos que-
 »sos secos, que una buena joven había regalado. Lle-

»varon su cama, su ropa y otros objetos de primera
 »necesidad de casa de sus padres. El día de su entra-
 »da no tenían pan, y, después de haber barrido la
 »casa, debían volver á las suyas, hasta que se les
 »proporcionase algún recurso para vivir. Mas, llenas
 »de confianza, se dijeron: «No salgamos de aquí; tal
 »vez la Providencia nos enviará qué comer; y así su-
 »cedió, en efecto. La madre de una de ellas se acor-
 »dó de su hija, y la envió comida; y un poco después
 »la otra recibió la suya. Tuvieron, pues, todo lo que
 »necesitaban, y al día siguiente ya pudieron hacer
 »pan en casa.

»Pocos días después se aumentó la pequeña colo-
 »nia con una buena viuda de Chaleins, y luego con
 »una joven de Jassans, llamada Juana María Chaney.
 »Esta era el *brazo* que venía á unirse al *corazón* y á
 »la *cabeza*.

»Comenzó el señor Párroco su obra abriendo una
 »escuela gratuita para las niñas de la parroquia; lue-
 »go admitió algunas niñas de las parroquias vecinas,
 »que vivían de su cuenta, por estar alejadas de su
 »casa. Como el local era pequeño, no pudo recibir á
 »todas las que se presentaron, sino las que podía con-
 »tener, que no eran muchas, por lo que fué preciso
 »pensar en edificar. El señor Párroco hacía de archi-
 »tecto, albañil y carpintero; él mismo preparaba la
 »argamasa, partía y llevaba las piedras, sin perdo-
 »nar trabajo ni fatiga; sólo interrumpía su tan ruda
 »como amada ocupación para ir al confesonario.

»Con el auxilio de algunas personas caritativas,
 »con recursos verdaderamente providenciales, con la
 »bendición de Dios y la protección de los Santos, al
 »poco tiempo pudieron ser admitidas en el local nue-

»vo más de sesenta jóvenes, alimentadas y sostenidas
 »á costa de la casa de la *Providencia*, preservándolas
 »de la vagancia y de sus funestas consecuencias,
 »arrancándolas á la vida de escándalo, haciéndolas
 »entrar en el buen camino, y viviendo en una atmós-
 »fera impregnada del buen olor de Jesucristo, al
 »abrigo de los peligros que habían corrido en otro
 »tiempo. Cada nueva joven que venía era recibida
 »con el mismo cariño con que la caridad cristiana re-
 »cibe á los pobres; con más amor que si hubiese pa-
 »gado su pensión, y con vivísimo deseo de conducirla
 »al bien. Pasaban con gusto las mayores privaciones,
 »á fin de que á las huérfanitas nada les faltase. A los
 »ojos del santo fundador, no solamente eran dignas
 »del más tierno interés, por ser desgraciadas y des-
 »amparadas, sino porque en ellas veía al mismo Je-
 »sucristo; y por eso aceptaba el bien que se dispensa-
 »ba á la última de ellas, como si se hubiese hecho á
 »su misma persona.»

Así comenzó la *Providencia* de Ars, y así comien-
 zan todas las obras en que Dios pone su mano; es de-
 cir, con *humildad* y *pobreza*: parece que esa es la con-
 dición de su existencia. Sin embargo, hay un fondo
 que jamás les falta, ni aun en su principio, y ese fon-
 do son los pobres. Ellos son una verdadera riqueza;
 porque, desde el momento en que entra el primer po-
 bre en una casa, las dificultades desaparecen y los re-
 cursos llegan; pudiera decirse que la *Providencia* ha
 entrado en la casa tras ellos: eso al menos se ha ob-
 servado en la empresa del Párroco de Ars. Por espa-
 cio de un cuarto de siglo se ha sostenido esa obra sin
 apoyo visible, sin recursos, sin rentas, sin capitales
 y con un gasto anual de seis á siete mil francos. En

esta ocasión comenzó el Párroco de Ars á tener sobre los fondos secretos de la Providencia el crédito abierto, que le permitió realizar todo lo que quiso en lo sucesivo. Él hallaba banqueros allí donde la Providencia tiene mandatarios. Tan pronto como recibía algún dinero, en seguida compraba lo más preciso para la casa, y lo demás venía por si mismo.

Hubo, sin embargo, horas críticas, momentos de angustia suprema, en los que se hubiera dicho que el Celestial Proveedor retiraba su mano bienhechora; mas, precisamente cuando todo parecía perdido, todo se halló salvado. La Providencia ama esas sorpresas, para mostrarnos á la vez la feliz dependencia en que nos hallamos respecto de ella, el poder de sus medios inagotables y la debilidad de los nuestros. Dos veces, sobre todo, la intervención de Dios fué tan directa y súbita, le acompañaron circunstancias tan maravillosas é inexplicables, que es imposible no ver en ellas un milagro.

Llegó un día en que las directoras ya casi no tenían harina, y la provisión de pan se había acabado. Ochenta personas próximamente esperaban su alimento diario: ¿qué hacer en un caso tan apurado? La Superiora de la casa, Benita Larder, estaba á las puertas de la muerte; una de las maestras, Juana Filliat, dijo á su compañera Juana María Chaney, que era la encargada de hacer el pan, «que se amasase la poca harina que había, y, mientras tanto, que Dios proveería.—También yo he pensado eso, respondió ésta; pero es preciso consultar antes al señor Cura, y hacer lo que nos ordene.» Fué, pues, Juana María á manifestar su embarazo al santo sacerdote, y le dijo: «Señor Cura, con la harina que tenemos en casa,

«lo más que podemos hacer son dos panes: ¿cómo salimos de este apuro?—Poned, la dijo el venerable Vianney, la levadura en la poca harina que tenéis; cerrad vuestra artesa, y mañana amasad según costumbre.» La orden fué ejecutada con la más exacta fidelidad.

«Yo no sé cómo se hizo eso, dijo Juana María Chaney; lo cierto es que al día siguiente, á medida que yo amasaba, la pasta se aumentaba entre mis manos. Cuanto más agua le echaba, más aumentaba y se espesaba; yo no era bastante para echar el agua necesaria. El resultado de todo fué que se hizo una hornada ordinaria de diez grandes panes de veinte á veintidós libras cada uno, con un puñado de harina.»

Otra vez también faltó el pan á los huérfanos de Ars: no había en la casa ni trigo, ni harina, ni dinero para comprarla. Al ver este apuro, el buen Párroco creyó que Dios le abandonaba por causa de sus pecados; y, habiendo hecho llamar á la Superiora de la casa, la dijo con profunda aflicción: «Nos veremos precisados á despedir á nuestros pobres huérfanos, ya que carecemos de recursos, y no sabemos dónde hallar pan para alimentarlos.» Antes de dar ese paso extremo, quiso aún visitar su granero, y... ¡oh admirable Providencia de Dios! le halló lleno, completamente lleno.

La noticia de este prodigio bien pronto traspasó las paredes del asilo de los huérfanos, llevada por las lágrimas de alegría y las exclamaciones de admiración. Publicado el milagro por el pueblo, se presentó el Corregidor, acompañado de las principales personas del pueblo, para ver el trigo milagroso. También

fué llamado el molinero, y, cuando se llenaron sus sacos, confesó que jamás había tenido en sus manos un trigo más rico. Los testigos oculares de este hecho lo han contado á sus hijos, y hasta el mismo Párroco de Ars ha recordado y aludido muchas veces á ese milagro, atribuyéndole á San Francisco de Regis, á quien había hecho administrador de su casa de huérfanos, y cuyas reliquias había colocado en el granero.

Ya que tratamos de milagros, referiremos aún el siguiente, que Juana y María Filliat, testigos é instrumentos del hecho, nos han referido. He aquí su propia narración: «Cierta día, entrando una de ellas en la bodega, advirtió que el vino se salía de su vasija; marchó precipitadamente á la *Providencia*, y dijo al señor Cura: Creo que el vino se va.—No hay que asustarse, respondió tranquilamente el señor Párroco. Dios, que ha permitido que el vino se vaya, bien puede hacer que vuelva á su vasija.» María Filliat volvió á la bodega con su hermana, y halló que, en efecto, el vino se había derramado hasta la última gota. Recogió inmediatamente lo más claro que halló sobre la arena, y llenó dos pequeñas vasijas. Después de haber asegurado el tonel para que no se volviere á derramar, echó en él lo poco que había podido recoger. He aquí, en resumen, lo que sucedió después: estaba junto á la vasija vacía un pequeño tonel, del que se habían sacado ya cincuenta botellas, que contendrían probablemente la mitad. Se creyó conveniente pasar ese vino á la vasija mayor, vacía entonces. Cuando las dos hermanas concluyeron esa operación, la una quitó el embudo y metió su dedo en la boca del tonel, y la otra se puso á reír, diciendo: «¡Qué! ¿Vas á ver si está lleno?» Bien podía reírse,

en efecto, porque, bien echada la cuenta, debía tener lo más sesenta litros de vino, y la vasija podía contener hasta doscientos. «Sí, respondió con admiración; está lleno; y tanto, que toco el vino con mi dedo. Mira tú, y te convencerás.» En efecto, tocó el vino con su mismo dedo, y quedó pasmada á la vista de tan gran maravilla. El vino, como el de las bodas de Caná, era excelente, dicen los mismos testigos, y de una calidad muy superior á la del que se acostumbraba á beber en la *Providencia*. Sabemos por el mismo origen que el señor Párroco quiso un día en la comida distribuir por sí mismo un plato de calabaza á los niños: «Hacia las raciones tan crecidas, dice Catalina, que tenía la seguridad de que no podía alcanzar para tantos. Me permití decirle: «Señor Cura, si continuáis así, es imposible tengáis para todos.» No hizo caso de mis advertencias, dió vuelta á la mesa, sirvió á todos abundantemente, y aún sobró alguna cosa. Yo no podía creer lo que veían mis ojos.»

En otra ocasión había comprado el santo Párroco cantidad muy considerable de trigo á uno de sus parroquianos. No teniendo con qué satisfacer íntegramente á su acreedor, le pidió un plazo, que le fué concedido de buen grado. Terminado el plazo, se hallaba sin un cuarto, y, en este apuro, tomó su bastón y salió en dirección del campo, en donde se puso á rezar el Rosario, recomendando sus queridos huérfanos á la bondad del Señor y al corazón compasivo de su Santísima Madre, que es también la Madre de los pobres. No tardó en ser oída su oración, pues se presentó de improviso una mujer, y le dijo: «¿Es usted el señor Párroco de Ars?—Sí, buena mujer; lo soy.—Pues tenga usted este dinero, que